

relación tan íntima, trabazón tan estrecha entre las ciencias todas y los principios religiosos, que se hace imposible emprender cualesquiera estudios sin dar a la postre con una cuestión teológica.

Así pues, no nos parece inoportuno, antes los juzgamos necesario, declarar sin ambages que nos proponemos ajustar la presente publicación, a los principios de un criterio netamente católico.

ooo

Fácilmente se desprende de lo dicho hasta aquí, que, si bien no abrigamos la pretensión de llevar a efecto una obra extraordinaria, todavía puede creerse que no es nuestro intento aumentar inútilmente el número de revistas existentes; no nos parece fuera de razón afirmar que presentamos un programa especial.

Porque, dejado aparte el acervo de ligeras, fútiles y hasta vergonzosas publicaciones como por ahí vemos, las que por su seriedad merecen particular atención, o tienen un fin determinado que les veda vagar por campos ajenos a su programa, o descuidan por desgracia la selección de asuntos que en nada se opongan a la doctrina francamente ortodoxa.

Para conformarnos en cuanto nos fuera dable con la línea de conducta indicada, creemos indispensable recurrir al concurso de personas que, especialistas en sus estudios, dotadas de excelente criterio y gozando de prestigiado nombre, a la vez que colaboraran en la obra ahora comenzada, fueran al mismo tiempo una garantía de la bondad de la publicación que ofrecemos a nuestros lectores.

No hemos visto defraudadas nuestras esperanzas; con atención exquisita y

muestras de bondad que de corazón agradecemos, han accedido a nuestros deseos personas de reconocida competencia científica o artística; y si hasta ahora no podemos decir que contemos con la colaboración de considerable número de eruditos, podemos ya presentar a nuestros lectores un escogido grupo de prestigiosos hombres de ciencia.

ooo

Dos palabras acerca del nombre de la presente revista.

Este año conmemora el Cristianismo un grandioso acontecimiento. Dieciséis siglos hace que la Iglesia, abandonando la oculta vida que hasta entonces había llevado, surgió majestuosa para comenzar una vida con reconocidos derechos de existencia pública.

A tiempo que Constantino se disponía a combatir a Majencio, apareció en el cielo una visión sobrenatural: dejóse ver una cruz con esta inscripción: VENCE CON ESTE SIGNO. Animado Constantino de celestial virtud, se adelantó, principió el combate y derrotó a su enemigo. Y el triunfo alcanzado sobre Majencio, a la vez que puso en sus manos los destinos del Imperio, decidió el establecimiento público, legal, del Cristianismo.

Adornó el emperador con el signo de la cruz el estandarte imperial, el LABARO, quedando éste desde entonces como emblema, como recuerdo del triunfo alcanzado.

La consideración del fin y circunstancias que acompañaron la celestial aparición, nos sugiere la idea de que radica en el lábaro, estandarte militar adornado con la cruz, el triunfo de cualquiera bue-